

CAPITULO II

LA CORTE, LA FAMILIA REAL Y LAS PRIMERAS QUERIDAS.
LOS MINISTROS Y EL REY

I. La familia real: el rey, la reina, el delfín, las princesas, los príncipes. — II. Las primeras queridas: señoras de Mailly, de Vintimille y de Chateauroux

I. — La familia real: el rey, la reina, el delfín,
las princesas, los príncipes (1)

Luis XV es «impenetrable é indefinible,» dice de Argensón; tiene una «actitud impasible,» añade el agente de policía Mouhy. Y es porque, ante todo, es un tímido; diríase que «tiene un maleficio en la lengua.» A veces quiere hablar y no puede, y en sus respuestas á los discursos, las palabras salen penosamente de sus labios; hasta en las presentaciones de las damas en la corte permanece mudo. Sus queridas, las hermanas de Nesles, le ayudarán á vencer «el maleficio;» pero siempre le agradarán aquellas personas que hablan poco y que no hacen ruido. Agradece á la señora de Amelot, esposa del secretario de Estado, la turbación que siente en su presencia y la hace cenar en los «gabinetes,» encantado de encontrar alguien más tímido que él. No le agradan las caras nuevas; el temor de verlas le ha hecho conservar á su lado algunos ministros más tiempo del que habría convenido.

Tiene caprichos que, de ser contrariados, pueden degenerar en accesos de furor; tiene también extravagancias de hipocondriaco, como su tío Felipe V de Es-

(1) FUENTES: De Argensón (t. I, II, IV, V, VI, VII, VIII), Barbier (t. II y III), Luynes (Duque de) (t. I, III, IV, V, VI, VII, VIII, IX, XI y XX), *Correspondance de Louis XV et du duc de Noailles*; Mouffe d'Angerville (t. II); Voltaire (*Precis du règne*), Henault, Choiseul, ya citados.

Senac de Meilhan, *Le gouvernement, les mœurs et les conditions en France avant la Révolution*, París, 1862. Dufort, conde de Cheverny, *Mémoires*, París, 1886, 2 vol., t. I. *Journal inédit du lieutenant général de police Feytaud de Marville* (1744), pub. por P. d'Estrée (seudónimo de Quentin), París, 1897; *Lettres inédites du roi Stanislas, duc de Lorraine et de Bar à Marie Lezinska* (1754-1766), pub. por Pedro Boyé, París, 1901. Monbarrey (Príncipe de), *Mémoires autographes*, París, 1826-1827, 3 vol.

OBRAS DE CONSULTA: Lacroix (t. III), Michelet, Jobez (t. III), de Carné (*La Monarchie française au XVII^e siècle*), Aubertin, Bonhomme (*Louis XV et sa famille*), de Nolhac (*Louis XV et Marie Lezinska*), Massón (*Mme. de Tencin*), de Goncourt (*La duchesse de Chateauroux*), Perrey (*Le président Hénault*), Marquesa de Reaulx, Stryenski (*Le Gendre de Louis XV*); Dussieux (*Le château de Versailles*), ya citados. Taine, *Les Origines de la France contemporaine*, t. I: *L'Ancien Régime*, París, 1877; de Broc, *La France sous l'Ancien Régime*, París, 1887-1889, 2 vol. Witt Cornelis de), *La Société française et la Société anglaise au XVIII^e siècle*, París, 1864. Boutaric, *Etude sur le caractère et la politique personnelle de Louis XV*, al principio de: *Correspondance secrète inédite de Louis XV... avec le comte de Broglie, Tercier*, etc., París, 1866, 2 vol. P. d'Estrée, *Un journaliste policier: le chevalier de Mouhy* («Revue d'histoire littéraire de la France», t. IV, 15 de abril de 1897). Barthelemy (E. de), *Mesdames de France, filles de Louis XV*, París, 1870. Broglie (Manuel de), *Le fils de Louis XV; Louis, Dauphin de France* (1729-1765), París, 1877; de Grandmaison (C.), *Mme. Louise de France*, París, 1906. Lión, *Le Président Hénault*, París, 1903. De Nolhac, *Le voyage de Metz; chronique de la Cour de France, 1744* («Revue politique et littéraire», 3 y 10 de noviembre de 1900). Stryenski, *La mère des trois derniers Bourbons, Marie Joséphe de Saxe à la Cour de Louis XV*, París, 1902.

paña, habla á menudo de enfermedades, de operaciones quirúrgicas, de muerte, y halla una especie de placer en preguntar á los viejos y á las personas enfermizas en dónde piensan hacerse enterrar. Un día en que, yendo en coche con la señora de Pompadour, pasa por delante de un cementerio, manda parar el carruaje y envía á un escudero á preguntar si hay alguna tumba recientemente removida. Al señor de Fontaineau, que echa sangre por la nariz, le dice fríamente: «Tened cuidado, señor, á vuestra edad esto es un anuncio de apoplejía;» y cuando cae enferma en Reims, en 1744, la señora de Chateauroux, no habla más que de la tumba que habrá de erigírsele. En el momento en que se llevan de Versalles el cadáver de la señora de Pompadour, asómase á la ventana, y, sacando el reloj, calcula á qué hora llegará el entierro á París.

Tiene ideas y frases que desconciertan; se divierte leyendo á sus queridas los sermones de Bourdaloue y escribe, según parece, á su hombre de confianza, Bertin, en 1758: «No apostéis por el rey, pues dicen que no es cosa segura.» De Ltuynes refiere que, al saber la muerte del señor de Mailly, esposo de una de sus queridas, fué á llevar la noticia á la reina, y habiéndole ésta preguntado: «¿Qué Mailly?», porque el pobre hombre no parecía nunca por la corte, le contestó: «El verdadero.»

Luis XV no deja nunca de rezar mañana y tarde y oye-misa todos los días. Tiene, dice Mouffe de Angerville, un devocionario «del que no aparta los ojos, y el movimiento de sus labios indica que articula cada palabra del mismo. Asiste á vísperas, al sermón y á la bendición con el Santísimo; siente veneración por los ministros de la religión y le inspiran horror las personas que no son devotas.» Va detrás de las procesiones y se arrodilla en la calle cuando pasa el Viático; pero ni la piedad ni el miedo al infierno le preservaron de ninguna clase de vicios.

Luis XV no tuvo más que una gran cualidad, el valor: en el sitio de Menin, en 1744, expúsose como un simple soldado y comió en la trinchera; al año siguiente, en Fontenoi, la víspera de la batalla cantó y cuando se empeñó la acción mostróse sensato y firme en medio de un desorden que podía perderlo todo. Delante del enemigo, diríase que se transfiguraba; y se sintió orgulloso de ser el primer rey de Francia que, después de la batalla de Poitiers, había medido sus armas con los ingleses.

Inteligente y sagaz, habría podido perfectamente gobernar por sí mismo; cuando la desgracia de Borbón, en 1726, había manifestado la intención de hacerlo y de nuevo la manifestó después de la muerte de Fleury, declarando á los secretarios de Estado que trabajaría con ellos y que no interpondría á nadie entre ellos y él; pero no cumplió su promesa y Francia estuvo gobernada, como dijo Federico II, por «reyes subalternos,» independientes unos de otros y que no se comunicaban entre sí sus negocios, los secretarios de Estado.

El rey asistía regularmente al Consejo superior, del que formaban parte: el duque de Orleans, que no concurría nunca; el cardenal de Tencin, cuya hermana habíase convertido en anfitriona de los escritores y de los filósofos; el duque de Noailles, ex miembro del

Consejo de regencia y presidente del Consejo de Hacienda, que había sido nombrado mariscal de Francia después de la toma de Philippsburgo; los secretarios de Estado de la Guerra, de la Marina y de los Negocios Extranjeros, y el contralor general Orry (1). Entre aquellos hombres no reinaba la armonía; todos se envidiaban unos á otros. El cardenal de Tencin había esperado su ceder al cardenal Fleury; Noailles intentaba seducir al rey predicándole máximas al estilo de Luis XIV, se las echaba de primer ministro y era, al decir del marqués de Argensón, un «inspector importuno,» que, sin ser «maestro de nada,» «se metía en todo.» Maurepás escondía, bajo sus apariencias de frivolidad, algunas cualidades serias; como la ciudad de París estaba comprendida en su departamento de secretario de Estado y como él ejercía en ella la alta policía, entretenía al rey con noticias, chismes y canciones. Estaba en íntimas relaciones con la familia real y con los devotos. Los de Argensón, que ocupaban dos secretarías de Estado, acaparaban una gran parte de autoridad en el gobierno y aun hubieran querido tenerla mayor. Para hacer que todos aquellos personajes marchasen unidos, habríase necesitado, la firme voluntad del soberano; pero Luis XV no quiso tomarse el trabajo de tener esa voluntad, y aunque conocía las ambiciones y las intrigas de sus ministros, indudablemente los despreciaba. Cada cual seguía, pues, ocupándose exclusivamente de sus asuntos y de sus intereses, y el consejo en que se reunían era un «consejo de broma.»

Cuando Amelot hubo dimitido en 1744 su secretaría de Estado de los Negocios extranjeros, el rey tuvo el capricho de reservarse la dirección de las relaciones exteriores y anunció que recibiría á los embajadores personalmente y que dos empleados redactarían los despachos en su nombre; pero pronto se cansó de este trabajo que volvió á pesar sobre el «comité,» es decir, sobre un consejo que se había creado en tiempo del cardenal para preparar el estudio de las cuestiones. El comité se reunía en el domicilio del cardenal Tencin y de él formaban parte Maurepás y Noailles; según el marqués de Argensón, era una Babel:

«Ni los truenos se habrían oído allí. El mariscal de Noailles andaba á la greña con todo el que le disputara algo, pateaba y hacía volar el sombrero por la habitación... El señor de Maurepás aullaba, se reía de todo y hacía pasar epigramas por máximas de Estado indubitables. El cardenal de Tencin recurría á Moreri (2) para consultar cualquiera de las más comunes nociones que ignoraba, lo que sucedía con frecuencia.»

(1) En el secretariado de la Guerra, Breteuil ha sucedido á Augervilliers en 1740; y el conde de Argensón á Breteuil en 1743; Maurepás ha conservado la secretaría de la Marina y Amelot la de los Negocios extranjeros, en la que le substituirá, en 1744, el marqués de Argensón. Ni el canciller de Aguesseau, que después de la desgracia de Chauvelin se había encargado nuevamente del departamento de la Justicia, ni Saint-Florentin, secretario de Estado de los negocios de la religión reformada, habían entrado en el Consejo superior. Respecto de este Consejo, de los ministros y de los secretarios de Estado, véase la pág. 65 del tomo anterior.

(2) El *Dictionnaire historique* de Moreri había sido publicado por vez primera en 1673 en un volumen en folio. Después había sido corregido y aumentado en ediciones sucesivas; la de 1732 constaba de seis volúmenes en folio; la última, de 1759, tiene diez volúmenes en folio. Esta obra es muy útil todavía.

Por lo demás, el rey restableció las cosas en el estado en que se hallaban antes de la dimisión de Amelot; y no había transcurrido aún el año cuando dió al marqués de Argensón la secretaría de los Negocios extranjeros.

Luis XV aparentaba no tomar el menor interés por sus asuntos. La señora de Tencin escribía en 1743 á propósito del Consejo superior.

«Los que querían trabajar en él seriamente tienen que renunciar á su propósito á causa del poco interés que parece tomar el rey en ello; diríase que no se trata de asuntos suyos. Se ha acostumbrado á mirar los del reino como si le fuesen personalmente extraños.»

La señora de Tencin se engañaba; el rey se interesaba por sus asuntos, pero á solas, de escondidas. Una de las mayores extravagancias de ese extraño personaje es el haberse formado una policía secreta y el haber tenido para los Negocios extranjeros agentes particulares. Tenía un secreto, «el secreto del rey;» pero nada sacaba de los informes que recibía y dejaba que se cometieran errores y faltas que él veía como tales. Sin duda estaba paralizado por la timidez, por la pereza y por el tedio. El tedio, han dicho los Goncourt, «hace impotentes los dones felices de su naturaleza, reduce su inteligencia al ingenio, y hace su ingenio mordaz, escéptico y estéril; envejece, desarma y extingue su voluntad y ahoga su conciencia.»

Ajeno casi al gobierno, Luis XV distribuía su tiempo entre los placeres; cazaba con frenesí, corría ciervos tres veces á la semana, por lo menos, y de cuando en cuando corzos y jabalíes. En 1738 cobró, según dice Luynes, ciento diez ciervos con una jauría, noventa y ocho con otra y formó una tercera.

«El rey, dice de Argensón, trabaja realmente como un perro por sus perros; desde que empieza el año, dispone todo lo que los animales harán hasta el final del mismo. Tiene cinco ó seis jaurías.»

Ocupábase en combinar la fuerza de caza y de marcha de las jaurías y calculaba con el mayor cuidado las expediciones de éstas teniendo á la mano el calendario y el mapa.

«Hay quien afirma, añade de Argensón, que Su Majestad gobernaría la hacienda y dirigiría el orden de la guerra con mucho menos trabajo que el que todo esto le implica.»

Pero todo el mundo estaba acostumbrado á ver al rey interesarse sólo en esas faenas, de tal manera, que si un día no cazaba, la gente decía: «Hoy el rey no ha hecho nada.»

Desde muy joven agradáronle la mesa, el vino y aquellas expediciones cinegéticas en las cuales unas mesitas que salían por escotillón por medio de un mecanismo, aportaban las viandas y los vinos á los comensales que prescindían de criados. Un día en que se presentó á la reina después de esas orgías, fué mal recibido por ella.

La reina no era guapa, pero sí graciosa y un ligero acento extranjero prestaba encanto á su voz. Era bonísima, daba anualmente á los pobres las cien mil libras y aun vendía sus joyas para atender á sus limosnas. Cuando convenía presentábase como soberana; pero había conservado de la vida modesta que en otro tiempo

llevara un tren sencillo y mezquino. Dotada de mediana inteligencia, leía libros serios que no siempre entendía; exageraba las prácticas de religión, y, siendo muy mediocre música, fastidiaba con el clavicordio, la gaita y la guitarra á Luis XV, quien, además, encontraba ridículos los ensayos de pintura con que ella tenía la candidez de obsequiarle.

El rey y la reina vivieron muy unidos durante largo tiempo, y desde 1727 á 1737 tuvieron diez hijos; pero esta fecundidad fatigó á la reina y la envejeció, y como no era coqueta, no quiso defenderse y aparentó tener veinte años más que su marido, el cual se apartó de ella. Entonces la soberana hubo de acostumbrarse al régimen de las queridas, unas veces maltratada, como por «la infernal duquesa de Chateauroux;» otras tratada con miramientos, como por la señora de Pompadour, á propósito de la cual dirá: «Puesto que es absolutamente preciso que el rey tenga una querida, prefiero ésta á cualquier otra.»

Desde que el rey la desdénaba, la reina carecía de autoridad en la corte: si quería recomendar un oficial al secretario de Estado de la Guerra, éste la enviaba á Fleury, que «le ponía mala cara;» y si se quejaba al rey, obtenía esta respuesta: «¿Por qué no me imitáis, señora? Yo nunca les pido nada á esas gentes.»

María Leczinska se consolaba con placeres insignificantes: «¿Qué hacer cuando uno se aburre?» decía en tono de broma. «Es menester proporcionarse indigestiones; esto, al fin y al cabo, es una ocupación.» Cenaba en la intimidad con las señoras de Villars y de Armagnac; su comida, cuando la hacía en sus habitaciones, componíase de veintinueve platos sin contar la fruta, y era aún más abundante en los grandes banquetes. Comía «con reflexión» y á sus comidas asistía el marqués de Flamaréns, que era considerado como el mayor gastrónomo de Francia.

Por la noche visitaba á alguna dama de palacio, especialmente á las duquesas de Villars y de Luynes, ó recibía en sus habitaciones. Aquellas veladas, al decir del conde de Cheverny, eran muy poco animadas: concurrían á ellas las «damas válidas de la corte,» señoras de Mazarino, de Egmont y de Nivernais; el duque de Luynes, el cardenal de Rohán, viejos cortesanos, algunos oficiales de los guardias de corps y algunos capitanes de las guardias, éstos, las más de las veces, muy á disgusto. De siete á nueve se jugaba al *cavagnol*; el lector Moncrif recitaba versos y otro tanto hacía el presidente Henault, que también cantaba. Aquel pequeño círculo fué tomando un color político, pues en él se reunían el delfín y sus hermanas, los devotos, los constitucionarios y hombres políticos como Maurepás, Tencin y de Argensón que con su asiduidad cerca de la madre querían captarse el favor de los hijos.

De los diez hijos de María Leczinska sobrevivieron un varón y seis hembras: el delfín Luis y las princesas Isabel y Enriqueta, hermanas gemelas, Adelaida, Victoria, Sofía y Luisa, á la que Luis XV denominaba «Madama la Última.»

El nacimiento del delfín, acaecido en 4 de septiembre de 1729, fué acogido con entusiasmo; París celebró fiestas espléndidas y Luis XV vino á esta ciudad para concurrir á un *Tedeum*, cenó en la Casa Consistorial y

mandó arrojar al pueblo más de treinta mil libras en monedas de oro y plata. Samuel Bernard abrió su casa á todo el mundo é hizo correr el vino en abundancia, gastándose cincuenta ó sesenta mil libras. Durante ocho días, grupos de obreros y de pescaderas se dirigieron á Versalles al son de violines y reunidos en el patio de mármol gritaron: ¡Viva el rey!

El delfín tuvo por preceptor á un prelado molinista, Boyer; estudió derecho público, diplomacia, agricultura y literatura inglesa, cosas enteramente nuevas, estas dos últimas, en la educación de un príncipe; y su ayo, Chatillon, hombre austero y devoto, fomentó sus aficiones á la devoción estrecha. El príncipe gustaba tanto de la música religiosa que se decía de él que cantaba visperas á jornal; decíase también que se encerraba en sus habitaciones para disciplinarse y rezar en el breviario.

Era naturalmente enemigo de las ideas nuevas, que llegaban á inspirarle horror, y de los escritores que las propagaban; detestaba la conducta de su padre, mostraba su aversión á las queridas de éste, vivía tan retraído como podía y tenía trazas de conspirador.

En 23 de febrero de 1745 casóse el delfín con María Teresa Antonieta de España, que murió en 1746 después de haber dado á luz una hija, y contrajo segundas nupcias en 10 de enero de 1747. La segunda delfina, María Josefa de Sajonia, era bastante guapa, pero poco inteligente, muy piadosa y poco amable; no llegó á adquirir dominio sobre su marido y fué madre de Luis XVI, de Luis XVIII y de Carlos X.

De las princesas, la única que casó fué la mayor, Luisa Isabel, que en 1739 unióse á Don Felipe de España, más tarde duque de Parma, señor pobre que vivía en un palacio destartado. Luisa Isabel no amó á su esposo ni fué por él amada. La segunda, Enriqueta, tuvo su novela de amor; amó al duque de Chartres, hijo del duque de Orleans, pero el rey no le permitió casarse con él. Cuando el joven príncipe fué á comunicarle que se casaba con la señorita de Conti, Enriqueta le deseó toda la felicidad posible; y se cuenta que al saber que la duquesa de Chartres se portaba mal y que el duque era desgraciado, cayó enferma y murió. Adelaida, la tercera hija de Luis XV, era todo lo contrario de una melancólica; á la edad de once años hablaba de partir en guerra contra los ingleses, de dormir con los generales de éstos, como Judith, para asesinarlos, y de llevar á los enemigos vencidos á los pies del «Papá Rey.» Era muy inteligente, hablaba el italiano y el inglés, estudiaba matemáticas y construía relojes, tocaba el clavicordio, el violín, la trompeta y la trompa marina; la etiqueta la molestaba y la disgustaba; era muy desenvuelta hasta el punto de comprometerse con un guardia de corps y para calificar á las personas que no eran de su agrado servíase de frases que no son para reproducidas. El rey la llamaba «Madama Estropajo.» Las tres princesas más pequeñas habían sido educadas en la abadía de Fontevault; Victoria, que anda siempre detrás de Adelaida como perro que sigue á su amo, es displicente y pusilánime y aficionada á los placeres de la mesa como la reina; Sofía mira de soslayo como las liebres, es tímida y asustadiza y el ruido del trueno la enloquece; y Luisa, menuda, traviesa y amazona apasionada, tiene aficiones devotas y morirá en el Carme lo. Por lo demás, todas las princesas son piadosas.

El rey las amaba y cuando eran pequeñas gustábale visitarlas en sus habitaciones, hacíales «cien caricias» y ellas le adoraban; y como se las echaba de gran cocinero, les llevaba guisados hechos por él para comerlos en familia. «Es increíble, escribirá la señora de Pompadour en 1750, el cariño que el rey siente por sus hijos, los cuales le corresponden con todo su corazón.» Luis XV se desvió de su hijo cuando creyó que se convertía en jefe de oposición; pero si el delfín caía enfermo, el sentimiento paternal se sobreponía inmediatamente a todos los demás. Las princesas, al llegar a la edad juvenil, llevaron una vida de representación; cuando el rey estaba en Versalles, iban todas las mañanas, en traje de corte, a sus habitaciones para oír misa con él y terminada ésta se retiraban para cambiarse el vestido y esperar la hora de la comida, en la que debían volver a «exhibirse;» y luego vestíanse otra vez de corte para estar con el rey mientras éste se descalzaba y para concurrir al juego de la reina. En cierta ocasión, una «dama de semana» lamentábase a la princesa Adelaida de tener que vestirse y desnudarse cuatro veces al día y de no poder disponer de un cuarto de hora. «De todo esto, replicóle la princesa, os veis compensada descansando una semana; en cambio yo estoy de servicio todo el año, por lo que me permitiréis que guarde mi compasión para mí misma.»

Las princesas eran, como su hermano, enemigas de las favoritas y protectoras del partido devoto. Adelaida acaudillaba el que podríamos llamar partido de familia.

Los príncipes de la sangre no tuvieron representación alguna durante todo el reinado. Los Orleáns están retraídos; Luis, hijo del Regente, después de haber perdido a su esposa, cae en melancolía, retírase a la abadía de Santa Genoveva y se somete a tales austeridades, que pierde la razón y muere en 1752; y su hijo Luis Felipe, después de haber tomado parte en varias campañas, hará en Bagnolet vida de gran señor literato. El príncipe de Condé, el señor duque, acaba sus días en una especie de destierro en Chantilly; el príncipe de Conti, especulador que se había hecho notar durante el Sistema por su codicia, teniente general en 1736, generalísimo de los ejércitos de Francia y de España en Italia en 1744, y encargado, en 1746, de un mando en los Países Bajos, será descartado por la señora de Pompadour, abrazará la causa de los parlamentarios y Luis XV le llamará «Mi primo el abogado.» El príncipe de Dombes, hijo del duque del Maine, es de los que menos papel hacen; el duque de Penthièvre, hijo del conde de Tolosa, llega a ser almirante de Francia en 1734, montero mayor y gobernador de Bretaña en 1737 y después de haber servido en los ejércitos vivirá retirado; su hija se casará con Luis Felipe de Orleáns y será madre de Luis Felipe I.

II. — Las primeras queridas: señoras de Mailly, de Vintimille y de Chateauroux

La era de las favoritas, que habían de alcanzar en la corte y en el gobierno una importancia mucho mayor que la que tuvieron en tiempo de Luis XIV, comenzó discretamente en 1733. El hecho de que el rey tomase una querida no podía ser motivo de escándalo para sus

súbditos: «De veinte señores de la corte, dice el abogado Barbier, quince no viven con sus esposas y tienen queridas. Y en París, nada tan común como esto entre los particulares. Es, pues, ridículo querer que el rey, que es el soberano, sea de peor condición que sus súbditos y que todos los reyes sus predecesores.» Los cortesanos, por consiguiente, se encargaron de «desanar» a Luis XV.

La señora de Mailly, hija del marqués de Nesle, esposa del conde Luis Alejandro de Mailly, dama del palacio de la reina, se prestó a ello de buena gana. Tenía treinta años, ojos negros y atrevidos y mucha chispa, y en las cenas del rey hacía, con la copa en la mano, la competencia a los hombres. Costó muy poco dinero a su amante; Chauvelin le entregó algún dinero sacado de los fondos de su ministerio, pero cuando él cayó en desgracia, las liberalidades fueron menos frecuentes. El viejo cardenal se había limitado a hacer al rey algunas observaciones muy suaves sobre este primer desorden, pero estaba dispuesto a no pagar un céntimo para complacer a la dama. La señora de Mailly, cuando tenía a comer en su casa al rey, pedía prestados candelabros de plata para la mesa y fichas para el juego; decíase que llevaba camisas agujereadas y cuando abandonará la corte deberá, según Luynes, más de seiscientas mil libras. Pero a lo menos obtuvo las distinciones que designaban al público a una favorita: paseóse en los coches del rey, ofreció a éste el pie de ciervo al regreso de las cacerías, sentóse a su lado en las cenas íntimas y ocupó un sitio de preferencia en el juego y en la capilla; y desde el día en que su hermana, Paulina de Nesle, le demostró la necesidad de tener un partido en la corte, conquistó cierta influencia, haciendo nombrar a Belle-Isle embajador extraordinario y plenipotenciario en la dieta de Francfort y logrando para él una misión cerca de los electores y de los príncipes del imperio. Puede decirse que entre ambos existió perfecta inteligencia. Y cuando estalló la guerra con Alemania, el secretario de Estado de la Guerra, Breteuil, hizo de ella caso bastante para darle cuenta día por día de los acontecimientos, como se la daba a Fleury.

La señora de Mailly habíase creado una rival en la persona de aquella hermana Paulina; habíala presentado en 22 de septiembre de 1738 al rey y éste habíase enamorado de ella, sin dejar, empero, a su primera querida. Paulina era una joven alta, fea, atrevida, ingeniosa, que desde el convento en que se educaba había anunciado que el rey se enamoraría de ella y que ella gobernaría Francia y Europa. Luis XV la casó con un señor de Luc, marqués de Vintimille, resobriño del arzobispo de París, la dotó con doscientas mil libras y le dió la expectativa de una plaza de dama del palacio de la delfina con seis mil libras de pensión y alojamiento en Versalles. Fué la mejor cabeza de su familia y la primera querida política; escribió a Luis XV más de dos mil cartas en dos años y concibió el proyecto, que más adelante reproducirá la condesa de Chateauroux, de hacer salir al rey de su patía y enseñarle a tener voluntad. Secundó a Belle-Isle en su política antiaustriaca; conspíró para hacer destituir a Fleury, que le estorbaba, y murió en 9 de septiembre de 1741, después de haber dado a luz un hijo.

El rey sintió gran pena por esta muerte; la noche

del fallecimiento y el día siguiente no comió, y aunque se dejó llevar a una cacería, no habló una palabra con nadie. Parecía, dice el duque de Luynes, como si las «reflexiones religiosas» determinasen en él «un gran combate.» Poco a poco la señora de Mailly lo reconquistó y para distraer a aquel hastiado hízose ayudar por sus tres hermanas menores, las señoras de Flavacourt, de Lauraguais y de La Tournelle. No parece que la señora de Flavacourt llegase a ser querida del rey; en cambio se cree que la de Lauraguais le sedujo con su buen humor y sus chanzas. «Gruesa, fea,» baja de cuerpo y vulgar, dice de Argensón, divertíase con las ridiculeces de las gentes y llamaba a Saint-Florentin «el lechón,» a Orry «el erizo,» al conde de Argensón «el becerro que mama» y a Maurepás «el gato que ronca.» Creyóse por un momento que iba a ser querida titular, pero este honor estaba reservado a la señora de La Tournelle.

Tenía ésta una tez deslumbradora, grandes ojos pardos, labios carnosos y rojos, elegancia y soltura en el andar y aire majestuoso. Confiada en el poder de su belleza, resolvió ser la querida del rey, en condiciones por ella misma impuestas. El duque de Richelieu se ofreció a servirla, compuso las cartas amorosas que entre ella y el rey se cruzaron y negoció la capitulación de la dama como pudiera haberlo hecho de una plaza fuerte. La señora de La Tournelle no quería oír hablar ni del pequeño alojamiento ni de las cenas económicas de la señora de Mailly; necesitaba una casa bien montada, una carroza con seis caballos, un título de duquesa y rentas cuantiosas, y además exigía que fuese despedida su hermana. Tuvo cuanto quiso y el día 10 de noviembre de 1742 presentóse en la Opera con todo el esplendor de una «querida declarada.» Pocos días antes, la señora de Mailly había sido expulsada de Versalles.

El Parlamento de París registró las letras patentes en que se hacía donación a la señora de La Tournelle del ducado de Chateauroux, de un valor de ochenta mil libras de renta. Varios pregoneros distribuyeron esas letras por las calles y el público pudo leer en el preámbulo que la generosidad del rey era una recompensa de las raras virtudes de la señora de La Tournelle y de su adhesión a la reina. La gente se divirtió con esa serie de amores en una misma familia:

La una está casi olvidada, la otra casi hecha polvo;
La tercera está en candelero; la cuarta espera
Para dejar sitio a la última.
Escoger toda una familia
¿Es ser infiel ó constante?

Al morir Fleury, el duque de Richelieu y su compañera en intrigas, la señora de Tencin, convencieron a la duquesa de Chateauroux de que debía representar un papel político. El duque de Richelieu contaba entonces cuarenta y siete años, brillaba por su nombre, por su figura, por su riqueza y por su valor y ningún scrúpulo de ninguna clase era freno a su ambición. La señora de Tencin y Richelieu se encargaron, pues, de sacar al rey de su indolencia por medio de la favorita que les serviría de instrumento para reinar. La señora de Chateauroux aceptó sus planes con entusiasmo y el rey ya no la oyó hablar más que de guerra y de paz, de

ministros y de parlamentos, de interés de los pueblos y de grandeza del Estado. El monarca, sorprendido de tal conducta, lamentóse de ella: «¡Señora, me matáis!» exclamaba, a lo que ella respondía: «Tanto mejor, señor; es menester que un rey resucite.» Y en efecto, el rey resucitó, pero la duquesa no tuvo por qué felicitarle de ello.

El día 4 de mayo de 1744, Luis XV partió para unirse al ejército de Flandes; y la señora de Chateauroux se encaminó apresuradamente a Lila, en donde los soldados cantaron canciones atacándola. Habiendo los imperiales entrado en Alsacia, el rey marchó a Estrasburgo acompañado de las señoras de Chateauroux y de Lauraguais, pero el día 4 de agosto cayó enfermo en Metz y casi desde el primer momento estuvo en peligro de muerte. Al saberlo, toda Francia sintióse trastornada: «Las gentes rezaban, lloraban en las iglesias, asediaban el correo para tener noticias y salían al encuentro de los correos.» El día 12 de agosto, el cirujano La Peyronie declaró que el rey no tenía vida para cuarenta y ocho horas y fué preciso pensar en los últimos sacramentos; pero el obispo de Soissons, Fitz-James, no quiso llevar el Viático al moribundo mientras la «concubina» no abandonase la ciudad. En su consecuencia, dióse orden a la duquesa de que partiese y el gobernador de Metz, para evitarle los insultos, hízola subir a un coche que ostentaba su escudo y con las cortinillas bajadas. A pesar de ello, en Bar-le-Duc la colmaron de injurias y le arrojaron lodo y en La Ferté-sous Jouarre por poco la matan.

En el entretanto Luis XV había sanado, y había recibido cariñosamente a la reina, que acudió precipitadamente a Metz, y le había pedido perdón por las humillaciones que le había hecho sufrir. En cuanto al delfín, a quien ordenara que no pasase de Chalons y que había llegado hasta Metz, recibióle mal, creyendo ver en la solicitud de su hijo la impaciencia por sucederle; a Chatillon, el ayo del delfín, lo desterró por haber hablado demasiado libremente y haberse creído demasiado pronto «mayordomo del palacio.»

La noticia de que el rey se había salvado fué acogida en todo el reino con transportes de júbilo: en París el correo portador de la nueva fué «asediado, acariciado y casi ahogado por el pueblo» que besaba sus botas y su caballo. Gentes que no se conocían gritábanse desde lejos «¡El rey está curado!» y se felicitaban y besaban, y no hubo una sola sociedad de artesanos que no hiciera cantar un *Tedéum*. París parecía «un inmenso recinto de locos,» y cuando el rey regresó a su capital, su entrada pareció un «triumfo de emperador romano.»

La señora de Chateauroux, que no tardó en saber que el rey estaba inconsolable por haberla perdido, compró una casa de campo en Puteaux, en donde volvió a ver al monarca, y exigió que se hiciese público de una manera ostentosa que había recobrado el favor real. Pero en 8 de diciembre de 1744 murió y sus partidarios creyeron que había sido envenenada, sospechando, sin razón alguna, de Maurepás, de quien se sabía que tenía celos del ascendiente de las queridas y que estaba afiliado al partido de la familia. El puesto de querida del rey no debía estar, sin embargo, mucho tiempo vacante; en efecto, antes de poco la marquesa de Pompadour sucederá a la duquesa de Chateauroux.